

# UNIVERSIDAD SERIE

POSTGRADO EN CIENCIAS DEL DESARROLLO DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS  
CIDES-UMSA



Número 9 / Año 7 / Agosto de 2017



## La polivalencia política de la universidad<sup>1</sup>

*Antanas Mockus Sivickas*

Históricamente la universidad ha cumplido funciones de consolidación y conservación con respecto a la iglesia católica y con respecto a las ciudades-Estado y los Estados-nación; ha desarrollado ideas y saberes que contribuyeron al ascenso de la burguesía, ayudando a socavar la legitimidad del dominio de las clases feudales; en este siglo ha formado los cuadros dirigentes más importantes de prácticamente de todos los movimientos de independencia nacional de las antiguas colonias y de prácticamente todas las revoluciones socialistas exitosas; pero también ha contribuido notoriamente a explorar los límites de las transformaciones llamadas revolucionarias y ha formado aquellos intelectuales que con más ahínco han explorado las debilidades y los vacíos del marxismo. La universidad ha servido de mil maneras distintas a mil intereses distintos y cualquier intento serio de ponerlas riendas y de

encausarla por un solo camino afecta los supuestos básicos de su funcionamiento y termina revelándose como inconducente y regresivo.

En el desarrollo inicial de algunas de las universidades europeas pudo jugar un papel importante la protección o patrocinio papal; otras recibieron cierto apoyo de parte de los príncipes y la nobleza. Pero ello no quiere decir que las universidades fueran en sus comienzos instituciones explícitamente llamadas a cumplir tareas extremadamente fijadas. Más bien se trata de conglomerados de profesores y estudiantes, de carácter marcadamente corporativista, que competían en prestigio y jugaban un papel crucial en la preparación de las elites letradas de toda Europa. Aunque indudablemente había intereses particulares de por medio (por ejemplo la iglesia podía ver con ojos especialmente favorables el derecho canónico que resultaba relevante para su funcionamiento institucional o podía considerar a las facultades de teología como un medio para enfrentar las herejías y consolidar su propia tradición de interpretación de los textos sagra-

dos), la competencia por reunir los más reconocidos eruditos en determinadas áreas del conocimiento fue más importante que cualquier intento de subordinar su trabajo a finalidades externas (religiosas o estatales). Los intentos de control externo y en particular la vigilancia en cuanto a las doctrinas enseñadas o discutidas (recuérdense las pugnas en la Universidad de París en torno a la enseñanza de Aristóteles) tropezaron con notorias resistencias. Una de las razones que permiten comprender tanto las pretensiones de autonomía como los intentos de limitarla es que muy temprano universidades como la de París no solo se consideraron a sí mismas como autoridad en el campo teológico, si no que fueron reconocidas como tal por el papado, tendiéndose a convertirse en el lugar en el que se definía la ortodoxia. Por otra parte, en el seno de esas universidades se toleraron en cierto grado puntos de vista divergentes que, con frecuencia, solamente al salirse del ámbito universitarios convertían en “herejías”. Además esos intentos de control externo eran contrarrestados en gran

<sup>1</sup> Texto extraído del libro *Pensar la Universidad*, de Antanas Mockus Sivickas. Fondo Editorial Universidad. Medellín, Colombia, 2012

medida por las formas de gobierno de las universidades y la regulación del acceso al derecho a enseñar por parte de la corporación de maestros o de estudiantes. Con el tiempo, esa misma tradición universitaria que se había fortalecido bajo el amparo del Papa o de la nobleza contribuyó notoriamente a socavar la vigencia de la tradición cristiana (especialmente en cuanto se refiere a la primacía de la verdad revelada) y del orden feudal (especialmente en cuanto a la transmisión de privilegios por herencia y a las apelaciones a la autoridad de la tradición). Así, muy tempranamente en su historia, la universidad expreso su polivalencia política.

La universidad ha prestado servicios (y no cualquiera, sino servicios importantes) a los diversos poderes terrenales, pero si se toman una por una sus realizaciones pocas veces se puede predecir exactamente a que señores terminara sirviendo: los saberes y las ampliaciones de lo posible que la universidad ofrece son en general polivalentes: no están predestinados a un empleo unívoco.

Es innegable que la universidad ayuda a conservar ciertas tradiciones. Sin embargo, solo excepcionalmente la universidad funciona bien como universidad confesional. Normalmente cuando la universidad se vuelve confesional se deteriora (un ejemplo frecuentemente señalado es el de las universidades españolas en la época de la contrarreforma), cuando no sucede así es porque el confesionalismo se convierte en algo meramente superficial, en una especie de parapeto, detrás del cual la gente sigue pensando y sigue leyendo y sigue ampliando y explorando el universo de lo posible (esto suele suceder en las universidades bajo los regímenes totalitarios). En este sentido, la universidad no puede ser sin notable deterioro una universidad militante en causas extra-universitarias (independientemente de que estas sean causas terrenales o supra terrenales).

Cualquier Estado contemporáneo tiene que aceptar convivir con una universidad fuerte y por ello tiene que soportar en cierto sentido el potencial peligro que representan sus posibilidades de reinterpretación. En esto hay que ser claros: el peligro real de lo que se puede originar en la universidad para la sociedad que la abriga no son los disturbios, no son las manifestaciones callejeras. Estos son episodios absolutamente epidérmicos (frecuentemente son poco más que la expresión colectiva del primer entusiasmo del estudiante con la distancia crítica que la tradición académica posibilita); los peligros reales vienen de la posibilidad de reinterpretación que ofrece la universidad. Umberto Eco, en su novela *El nombre de la rosa*, ilustra el fascinante poder de reinterpretación asociado a la tradición escrita cuando muestra cómo lo que se podía llegar a leer en la biblioteca de la abadía no solo desencadenaba pasiones y muertes allí mismo (en torno a las cuales se construye la trama de la novela) sino que podía convertirse —al divulgarse— en herejías que cundían por la sociedad y llevaban a la gente a hacerse matar por lo que en el otro contexto era poco más que doctas discrepancias en la interpretación de determinados textos y mandatos. Por ejemplo, si se leía en los textos sagrados de una cierta manera el llamado cristiano a la pobreza, esa lectura —tal vez un poco más literal que la que hasta el momento prevalecía— no solo podía orientar moralmente a una nueva orden (la de los franciscanos) sino que podía llevar a algunos religiosos más bien marginales a levantar una masa enceguedida de creyentes y arrojarla con ella contra la institución iglesia, reconocida ahora como institución legítimamente provista de riqueza. Umberto Eco parece sugerir que si los franciscanos lograron mantener cierto equilibrio fue tal vez porque entre ellos pesaron suficientemente ciertos intelectuales; pero indudablemente hubo movimientos que, ali-

mentados por sus ideas y fascinados por la relectura franciscana de algunos pasajes de las escrituras, reconsideraron desde esa relectura la realidad opulenta de la iglesia y se lanzaron a la guerra pretendiendo realizar grandes cambios en las formas mundanas en que había desembocado el cristianismo (la traición de unos ideales fundamentales, la opresión e incluso a veces la propia miseria son fenómenos cuya visibilidad y notoriedad dependen de las posibilidades de interpretación o reinterpretación que en un momento dado prevalecen o están culturalmente disponibles).

Si tal era la fuerza de la relación con la tradición escrita, cuando esta estaba aún controlada por la iglesia, ¿cuán grande puede llegar a ser a raíz del surgimiento y la consolidación de las universidades? ¿Y más aún cuando la producción de papel, la difusión de la imprenta y la universalización de la escuela primaria amplían notoriamente las posibilidades de acceso al acervo de interpretaciones que esa tradición recoge? Tal vez lo que ha limitado hasta cierto punto la proliferación de herejías que cabría esperar es la auto limitación anti dogmática y el pluralismo cualificado por el debate que hasta cierto punto han acompañado siempre la tradición universitaria (un elemento básico de los estudios en la edad media eran la *disputatio* que originaron abundantes recopilaciones llamadas *quaestiones disputatae*). De todas maneras, a lo largo de la historia, en el espacio universitario se multiplican las interpretaciones posibles del mundo, no solo las del mundo natural sino sobre todas las del mundo social y cultural y por eso la universidad tiene, quiérase o no, un impacto cultural grande, aunque ese impacto no pueda orientarse fácilmente en una u otra dirección.

El impacto de la cultura universitaria y especialmente los efectos eventualmente desestabilizadores de algunas de sus elaboraciones, se ve atenuado hoy en día por la llamada,

hoy en día “cultura de las masas”. Esta ahoga las posibilidades de re-interpretación que ofrece la universidad inundando el mercado con productos de la industria cultural totalmente heterogéneos en cuanto a su calidad. Allí lo mejor coexiste indiscriminadamente con lo peor. Nadie puede razonar tan maquiavélicamente, pero es como si alguien lo hubiera hecho de la siguiente manera: si la gente va a poder leer, que lea mucha basura para que sean pocos los que en medio de esa basura lleguen a reconocer interpretaciones que puedan realmente reorientar drásticamente su vida. Por ese curioso mecanismo de banalización la industria cultural “protege” a las mayorías de las arriesgadas aventuras interpretativas que pueden surgir de los intelectuales que realizan su trabajo en la universidad o que por lo menos han sido formados por ella.

Hoy en día todas las naciones están obligadas sostener, ampliar y cualificar un sistema universitario (y lo hacen a través de mecanismos estatales o mercantiles). El último intento de oponerse a esa tendencia mundial fue el de la Revolución Cultural China y, como todos saben, fue un intento fallido. Después de unos diez años de intensa impugnación teórica y práctica de la separación entre el trabajo intelectual se llegó a la conclusión de que el desarrollo nacional de la República Popular China se venía al suelo si no se volvían a otorgar privilegios y condiciones especiales de trabajo a una serie de individuos aptos para el trabajo académico. No solo hubo que devolverles o darles una serie de privilegios sino que –con frutos que probablemente se notaran al correr de los años– fue necesario concederles una cierta autonomía, o sea (para decirlo con una expresión que tomamos de Weber) permitirles que aunque sea en un mínimo grado se dediquen “al servicio de sus propios demonios”.

Todas las sociedades actuales están ampliando sus sistemas universitarios; las posibilidades de reinterpretación

que ofrece la universidad se multiplican y de manera más o menos rápida se difunden socialmente. Cada vez es mayor la posibilidad de que grupos que han asumido interpretaciones de la realidad completamente distintas entren en pugna, generándose conflictos que pueden adoptar modalidades muy dolorosas. En este sentido las universidades constituyen micro-sociedades en las que se experimenta la posibilidad de coexistencia de interpretaciones divergentes, coexistencia que no excluye el conflicto, pero si tiende a mantenerlo en el campo de la confrontación de ideas, o a lo mas en el campo más amplio de lo que algunos autores han llamado “violencia simbólica”.

Fuera de las universidades es más fácil el tránsito regresivo de la violencia simbólica a la violencia física (así como Marx celebraba sin ambages el surgimiento del trabajo asalariado en cuanto a superación del esclavismo y de las relaciones feudales de servidumbre que ataban al hombre a la tierra y al señor, hoy tal vez hay que celebrar –allí donde se da– el tránsito de la coacción “simbólica”). Pero sobre todo en el Tercer Mundo el paso de esta última a la anterior sigue siendo demasiado fácil.

Esto se ve acentuado agravado por nostalgias que corresponden a un proceso sociológico muy bien descrito por Durkheim: el fin irremediable, irreversible, de las sociedades en las cuales la solidaridad está basada en las creencias compartidas, en la existencia de un solo sistema de creencias. Esas son las que Durkheim llama sociedades tradicionales. En las sociedades tradicionales, la gente es solidaria ante todo porque comparte la misma interpretación del mundo, de la realidad natural y social y porque comparte el mismo sistema de normas, los mismos mandamientos.

Lo característico de las sociedades tradicionales es que son radicalmente intolerantes frente a la irrupción de interpretaciones distintas y frente a la

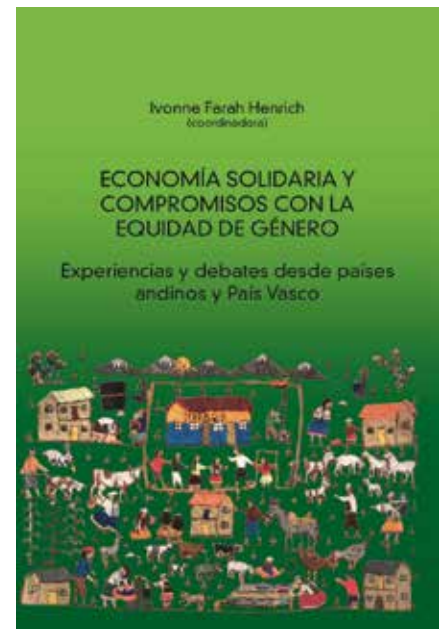
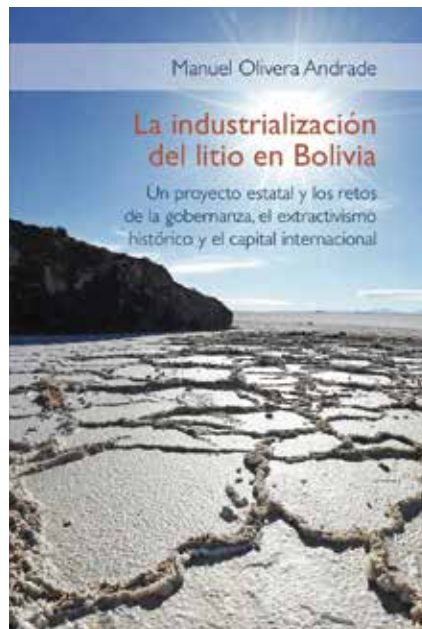
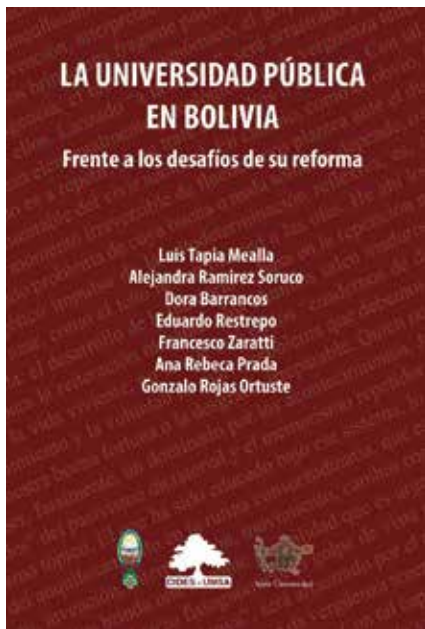
transgresión de las normas socialmente reconocidas. Por ejemplo señala Durkheim, en el caso de la infracción de la norma, se castiga a la persona no proporcionalmente al daño causado (como sucede en el caso de una indemnización) sino de una manera cuya drasticidad solo se explica como una reacción radical del grupo sobre el individuo que ha transgredido el orden colectivo y que ha amenazado la cohesión del todo social: en este caso la sanción tiene como fin reprimir ejemplarmente, “exorcizar” la diferencia afianzando la base moral de la unidad del todo social. En general las sociedades tradicionales se apoyan en una gran homogeneidad en cuanto a la interpretación de la realidad, en cambio las que Durkheim llama sociedades modernas, desarrollan una gran cantidad de interpretaciones heterogéneas; lo hacen necesariamente porque son sociedades basadas en una muy acentuada compleja división del trabajo. Un alto grado de división del trabajo hace por sí prácticamente imposible la comunidad de creencias. Las distintas profesiones generan miradas sobre el mundo que –aunque sea por la misma dinámica de diferenciación laboral y profesional– se vuelven progresivamente distintas. La solidaridad ya no se puede basar en creencias compartidas; la solidaridad tiene que buscar principios mucho más profundos o desaparece.

Precisamente uno de los problemas que se planteaba Durkheim era que en el periodo de transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna hay, por decirlo de alguna manera, déficit de solidaridad: la gente ha roto los vínculos del credo común y no ha establecido nuevos vínculos para soportarse (e incluso sentirse solidaria) en medio de la diferencia de credos. La transición de unas sociedades a otras estaría inevitablemente acompañada de grandes problemas que se manifestarían en particular en una época de gran estabilidad de la sociedad, inestabilidad que puede ponerse en rela-

ción a un nivel profundo con la tensa coexistencia de tipos radicalmente distintos de solidaridad y a un nivel más superficial con la proliferación de miradas sobre el mundo y sobre la realidad social incompatibles entre sí. Pero esta proliferación no sería la causa de

la inestabilidad sino el síntoma del conjunto de cambios motivados por la transición de una forma de sociedad a otra. La sociedad moderna parece ser una sociedad condenada a enfrentar la riqueza y los avatares que representa la proliferación de interpretaciones y

por ello en esa sociedad la universidad no es una intrusa sino más bien parece destinada a jugar un importante papel que no es en nada ajeno a su propia tradición: multiplicar las lecturas y afinarlas mediante la crítica y la contrastación.



El Postgrado en Ciencias del Desarrollo es el primer postgrado en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) especializado en estudios del desarrollo. Por su carácter interdisciplinario depende del Vicerrectorado de la UMSA. Tiene como misión formar recursos humanos para el desarrollo y contribuir a través de la investigación y la interacción social al debate académico e intelectual en Bolivia al amparo de los compromisos democráticos, populares y emancipatorios de la universidad pública boliviana.

La **Serie UNIVERSIDAD** tiene el objetivo de impulsar la reflexión y el debate sobre cuestiones inherentes a la vida universitaria y a la particular inserción de la educación superior postgradual en la esfera pública en el país.